

PQ6170

BIBLIOTECA UNIVERSAL

74

V.I

COLECCION

MEJORES AUTORES

AGRICULTORES Y PASTORES  
LABORABLES Y EXTRACTORES

TOMO XVII

TESORO DE LA POESIA



Madrid, 1875.—IMP. EST. Y CALV. DE ARIBAU Y C.<sup>ta</sup>,  
SUCCESORES DE RIVADENEYRA,  
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,  
calle del Duque de Osuna, número 3.

## GARCILASO DE LA VEGA.

### ÉGLOGAS.

#### SALICIO Y NEMOROSO.

A D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, virey de Nápoles.

El dulce lamentar de dos pastores,  
Salicio juntamente y Nemoroso,  
He de cantar, sus quejas imitando,  
Cuyas ovejas al cantar sabroso  
Estaban muy atentas, los amores,  
De pacer olvidadas, escuchando.  
Tú, que ganaste obrando  
Un nombre en todo el mundo,  
Y un grado sin segundo,  
Agora estés atento, solo y dado  
Al inclito gobierno del estado  
Albano; agora, vuelto á la otra parte,  
Resplandeciente, armado,  
Representando en tierra el fiero Marte;  
Agora de cuidados enojosos  
Y de negocios libre, por ventura  
Andes á caza, el monte fatigando

En ardiente jinete, que apresura  
El curso tras los ciervos temerosos,  
Que en vano su morir van dilatando;  
Espera, que en tornando  
A ser restituido  
Al ocio ya perdido,  
Luégo verás ejercitar mi pluma  
Por la infinita innumerable suma  
De tus virtudes y famosas obras;  
Antes que me consuma,  
Faltando-á ti, que á todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino  
Viene á sacarme de la deuda un dia,  
Que se debé á tu fama y á tu gloria;  
Que es deuda general, no sólo mia,  
Mas de cualquier ingenio peregrino  
Que celebra lo digno de memoria;  
El árbol de vitoria  
Que ciñe estrechamente  
Tu gloriosa frente  
Dé lugar á la hiedra que se planta  
Debajo de tu sombra, y se levanta  
Poco á poco, arrimada á tus loores;  
Y en cuanto esto se canta,  
Escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido,  
Rayaba de los montes el altura  
El sol, cuando Salicio, recostado  
Al pié de una alta haya, en la verdura,  
Por donde una agua clara con sonido  
Atravesaba el fresco y verde prado;  
El, con canto acordado  
Al rumor que sonaba,  
Del agua que pasaba,  
Se quejaba tan dulce y blandamente

Como si no estuviera de allí ausente  
La que de su dolor culpa tenía;  
Y así, como presente,  
Razonando con ella, le decia:

SALICIO.

¡Oh, más dura que mármol á mis quejas  
Y al encendido fuego en que me quemó  
Mas helada que nieve, Galatea!  
Estoy muriendo, y aun la vida temo;  
Témola con razon, pues tú me dejas;  
Que no hay, sin tí, el vivir para qué sea.  
Vergüenza hé que me vea  
Ninguno en tal estado,  
De tí desamparado;  
Y de mí mismo yo me corro agora.  
¿De un alma te desdeñas ser señora,  
Donde siempre moraste, no pudiendo  
Della salir un hora?  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
El sol tiende los rayos de su lumbre  
Por montes y por valles, despertando  
Las aves y animales y la gente:  
Cuál por el aire claro va volando,  
Cuál por el verde valle ó alta cumbre  
Paciendo va segura y libremente,  
Cuál con el sol presente  
Va de nuevo al oficio  
Y al usado ejercicio  
Do su natura ó menester le inclina.  
Siempre está en llanto esta ánima mezquina  
Cuando la sombra el mundo va cubriendo  
O la luz se avecina.  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Y tú, desta mi vida ya olvidada,  
Sin mostrar un pequeño sentimiento  
De que por tí, Salicio, triste muera,  
Dejas llevar, desconocida, al viento  
El amor y la fe que ser guardada  
Eternamente sólo á mí debiera?  
¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera,  
Pues ves desde tu altura  
Esa falsa perjura  
Causar la muerte de un estrecho amigo,  
No recibe del cielo algun castigo?  
Si en pago del amor yo estoy muriendo,  
¿Qué hará el enemigo?  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por tí el silencio de la selva umbrosa,  
Por tí la esquividad y apartamiento  
Del solitario monte me agradaba;  
Por tí la verde hierba, el fresco viento,  
El blanco lirio y colorada rosa  
Y dulce primavera deseaba.  
¡Ay, cuánto me engañaba!  
Ay, cuán diferente era  
Y cuán de otra manera  
Lo que en tu falso pecho se escondía!  
Bien claro con su voz me lo decía  
La siniestra corneja, repitiendo  
La desventura mía.  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,  
Reputándolo yo por desvarío,  
Vi mi mal entre sueños! ¡Desdichado!  
Sofía que en el tiempo del estío  
Llevaba, por pasar allí la siesta,  
A beber en el Tajo mi ganado;  
Y despues de llegado,

Sin saber de cuál arte,  
Por desusada parte  
Y por nuevo camino el agua se iba;  
Ardiendo ya con la calor estiva,  
El curso enajenado iba siguiendo  
Del agua fugitiva.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?  
Tus claros ojos ¿á quién los volviste?  
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?  
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?  
¿Cuál es el cuello que como en cadena  
De tus hermosos brazos anudaste?  
No hay corazon que baste,  
Aunque fuese de piedra,  
Viendo mi amada hiedra,  
De mí arrancada, en otro muro asida,  
Y mi parja en otro olmo entretejida,  
Que no se esté con llanto deshaciendo  
Hasta acabar la vida.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
¿Qué no se esperará de aquí adelante,  
Por difícil que sea y por incierto?  
O ¿qué discordia no será juntada?  
Y juntamente ¿qué tendrá por cierto  
O que de hoy más no temerá el amante,  
Siendo á todo materia por tí dada?  
Cuando tú enajenada  
De mí, cuitado, fuiste,  
Notable causa diste  
Y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,  
Que el más seguro tema con recelo  
Perder lo que estuviere poseyendo.  
Salid fuera sin duelo,  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza  
De alcanzar lo imposible y no pensado,  
Y de hacer juntar lo diferente,  
Dando á quien diste el corazon malvado,  
Quitándolo de mí con tal mudanza,  
Que siempre sonará de gente en gente.

La cordera paciente  
Con el lobo hambriento  
Hará su ayuntamiento,  
Y con las simples aves sin ruido  
Harán las bravas sierpes ya su nido;  
Que mayor diferencia comprehendo  
De tí al que has escogido.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
Siempre de nueva leche en el verano  
Y en el invierno abundo; en mi majada  
La manteca y el queso está sobrado.  
De mis cantares, pues, te vi agradada,  
Tanto, que no pudiera el mantuano  
Titiro ser de tí más alabado.

No soy, pues, bien mirado,  
Tan disforme ni feo;  
Que aún agora me veo  
En esta agua que corre clara y pura,  
Y cierto no trocará mi figura  
Con ese que de mí se está riendo;  
Trocára mi ventura.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Cómo te vine en tanto ménosprecio?

¿Cómo te fuí tan presto aborrecible?

¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?

Si no tuvieras condicion terrible,

Siempre fuera tenido de tí en precio,

Y no viera de tí este apartamiento.

¿No sabes que sin cuento

Buscan en el estío  
Mis ovejas el frío  
De la sierra de Cuenca, y el gobierno  
Del abrigado extremo en el invierno?  
Mas ¡qué vale el tener, si derritiendo  
Me estoy en llanto eterno!

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
Con mi llorar las piedras enternecen  
Su natural dureza y la quebrantan,  
Los árboles parece que se inclinan,  
Las aves que me escuchan; cuando cantan,  
Con diferente voz se condolecen,  
Y mi morir cantando me adivinan.

Las fieras que reclinan  
Su cuerpo fatigado,  
Dejan el sosegado  
Sueño por escuchar mi llanto triste.

Tú sola contra mí te endureciste,  
Los ojos aún siquiera no volviendo  
A lo que tú hiciste.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,

No dejes el lugar que tanto amaste;  
Que bien podrás venir de mí segura;  
Yo dejaré el lugar do me dejaste;  
Vén, si por sólo esto te detienes.

Ves aquí un prado lleno de verdura,  
Ves aquí una espesura,  
Ves aquí una agua clara,  
En otro tiempo cara,

A quien de tí con lágrimas me quejo.  
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,  
Al que todo mi bien quitarme puede;  
Que pues el bien le dejo,  
No es mucho que lugar también le quede.—

Aquí dió fin á su cantar Salicio,  
Y sospirando en el postrero acento,  
Soltó de llanto una profunda vena.  
Queriendo el monte al grave sentimiento  
De aquel dolor en algo ser propicio,  
Con la pasada voz retumba y suena.  
La blanda Filomena,  
Casi como dolida  
Y á compasion movida,  
Dulcemente responde al són lloroso.  
Lo que cantó tras esto Nemoroso  
Decidlo vos, Piérides; que tanto  
No puedo yo ni oso,  
Que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas;  
Arboles que os estais mirando en ellas,  
Verde prado de fresca sombra lleno,  
Aves que aquí sembrais vuestras querellas,  
Hiedra que por los árboles caminas,  
Torciendo el paso por su verde seno;  
Yo me vi tan ajeno  
Del grave mal que siento,  
Que de puro contento  
Con vuestra soledad me recreaba,  
Donde con dulce sueño reposaba,  
O con el pensamiento discurría  
Por donde no hallaba  
Sino memorias llenas de alegría;  
Y en este mismo valle, donde agora  
Me entristezco y me canso, en el reposo  
Estuve ya contento y descansado;  
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!

Acuérdome durmiendo aquí algun hora,  
Que despertando, á Elisa vi á mi lado,  
¡Oh miserable hado!  
¡Oh tela delicada  
Antes de tiempo dada  
A los agudos filos de la muerte!  
Más conveniente fuera aquesta suerte  
A los cansados años de mi vida,  
Que es más que el hierro fuerte,  
Pues no la ha quebrantado tu partida.  
¿Dó están agora aquellos claros ojos  
Que llevaban tras sí como colgada  
Mi ánima do quier que se volvian?  
¿Dó está la blanca mano delicada,  
Llena de vencimientos y despojos,  
Que de mi mis sentidos le ofrecian?  
Los cabellos que vian  
Con gran desprecio al oro,  
Como á menor tesoro,  
¿Adónde están? ¿Adónde el blanco pecho?  
¿Dó la columna que el dorado techo  
Con presuncion graciosa sostenia?  
A questo todo agora ya se encierra,  
Por desventura mia,  
En la fria, desierta y dura tierra.  
¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,  
Cuando en aqueste valle al fresco viento  
Andábamos cogiendo tiernas flores,  
Que habia de ver con largo apartamiento  
Venir el triste y solitario dia  
Que diese amargo fin á mis amores?  
El cielo en mis dolores  
Cargó la mano tanto,  
Que á sempiterno llanto  
Y á triste soledad me ha condenado;

Y lo que siento más es verme atado  
A la pesada vida y enojosa,  
Solo, desamparado,  
Ciego sin lumbré en cárcel tenebrosa.

Después que nos dejaste, nunca paces  
En hartura el ganado ya, ni acude  
El campo al labrador con mano llena,  
No hay bien que en malno se convierta y mude:  
La mala hierba al trigo ahoga, y nace  
En lugar suyo la infelice avena;  
La tierra, que de buena  
Gana nos producía  
Flores con que solía  
Quitar en sólo vellas mil enojos,  
Produce agora en cambio estos abrojos,  
Ya de rigor de espinas intratable;  
Y yo hago con mis ojos  
Crecer, llorando, el fruto miserable.

Como al partir del sol la sombra crece,  
Y en cayendo su rayo se levanta  
La negra escuridad que el mundo cubre,  
De do viene el temor que nos espanta,  
Y la medrosa forma en que se ofrece  
Aquello que la noche nos encubre,  
Hasta que el sol descubre  
Su luz pura y hermosa;  
Tal es la tenebrosa  
Noche de tu partir, en que he quedado  
De sombra y de temor atormentado,  
Hasta que muerte el tiempo determine  
Que á ver el deseado  
Sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto  
Quejarse, entre las hojas escondido,  
Del duro labrador, que cautamente

Le despojó su caro y dulce nido  
De los tiernos hijuelos entre tanto  
Que del amado ramo estaba ausente,  
Y aquel dolor que siente  
Con diferencia tanta  
Por la dulce garganta  
Despide, y á su canto el aire suena,  
Y la callada noche no refrena  
Su lamentable oficio y sus querellas,  
Trayendo de su pena

Al cielo por testigo y las estrellas;  
Destá manera suelto yo la rienda  
A mi dolor, y así me quejo en vano  
De la dureza de la muerte airada.  
Ella en mi corazón metió la mano,  
Y de allí me llevó mi dulce prenda,  
Que aquel era su nido y su morada.  
¡Ay, muerte arrebatada!  
Por tí me estoy quejando  
Al cielo y enojando  
Con importuno llanto al mundo todo;  
Tan desigual dolor no sufre modo.  
No me podrán quitar el dolor do  
Sentir, si ya del todo  
Primero no me quitan el sentido.

Una parte guardé de tus cabellos,  
Elisa, envueltos en un blanco paño,  
Que nunca de mi seno se me apartan;  
Descójolos, y de un dolor tamaño  
Enternecerme siento, que sobre ellos  
Nunca mis ojos de llorar se hartan.  
Sin que de allí se partan,  
Con suspiros calientes,  
Más que la llama ardientes,  
Los enjugo del llanto, y de consuno

Casi los paso y cuento uno á uno;  
Juntándolos, con un cordón los ato.  
Tras esto el importuno  
Dolor me deja descansar un rato.  
Mas luégo á la memoria se me ofrece  
Aquella noche tenebrosa, oscura,  
Que siempre aflige esta ánima mezquina  
Con la memoria de mi desventura.  
Verte presente agora me parece  
En aquel duro trance de Lucina;  
Y aquella voz divina  
Con cuyo són y acentos  
A los airados vientos  
Pudieras amansar, que agora es muda,  
Me parece que oigo que á la cruda,  
Inexorable diosa, demandabas  
En aquel paso ayuda:  
Y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?  
¿Ibate tanto en perseguir las fieras?  
¿Ibate tanto en un pastor dormido?  
¿Cosa pudo bastar á tal crueza,  
Que, conmovida á compasion, oido  
A los votos y lágrimas no dieras  
Por no ver hecha tierra tal belleza,  
O no ver la tristeza  
En que tu Nemoroso,  
Queda, que su reposo  
Era seguir tu oficio, persiguiendo  
Las fieras por los montes, y ofreciendo  
A tus sagradas aras los despojos?  
Y tú, ingrata, riendo  
Dejas morir mi bien ante mis ojos?  
Divina Elisa, pues agora el cielo  
Con inmortales piés pisas y mides,  
Y su mudanza ves, estando queda,

¿Por qué de mí te olvidas, y no pides  
Que se apresure el tiempo en que este velo  
Rompa del cuerpo, y verme libre pueda,  
Y en la tercera rueda  
Contigo mano á mano  
Busquemos otro llano,  
Busquemos otros montes y otros rios,  
Otros valles floridos y sombríos,  
Donde descansen y siempre pueda verte  
Ante los ojos míos,  
Sin miedo y sobresalto de perderte?—  
Nunca pusieran fin al triste lloro  
Los pastores, ni fueran acabadas  
Las canciones que sólo el monte oia,  
Si mirando las nubes coloradas,  
Al trasmontar del sol bordadas de oro,  
No vieran que era ya pasado el dia.  
La sombra se veia  
Venir corriendo apriesa  
Ya por la falda espesa  
Del altísimo monte, y recordando  
Ambos como de sueño, y acabando  
El fugitivo sol, de luz escaso,  
Su ganado llevando,  
Se fueron recogiendo paso á paso.

TIRRENO, ALCINO.

Aquella voluntad honesta y pura,  
Ilustre y hermosísima Maria,  
Que en mí de celebrar tu hermosura,

Tu ingenio y tu valor estar solia,  
A despecho y pesar de la ventura  
Que por otro camino me desvia,  
Está y estará en mi tanto clavada,  
Cuanto del cuerpo el alma acompañada.

Y áun no se me figura que me toca  
Aqueste oficio solamente en vida ;  
Mas con la lengua muerta y fria la boca  
Pienso mover la voz á ti debida.  
Libre mi alma de su estrecha roca,  
Por el Estigio lago conducida,  
Celebrándote ira, y aquel sonido  
Hará parar las aguas del Olvido.

Mas la fortuna, de mi mal no harta,  
Me aflige y de un trabajo en otro lleva :  
Ya de la patria, ya del bien me aparta,  
Ya mi paciencia en mil maneras prueba ;  
Y lo que siento más es que la carta  
Donde mi pluma tu alabanza nueva,  
Poniendo en su lugar cuidados vanos,  
Me quita y me arrebatá de las manos.

Pero por más que en mi su fuerza pruebe,  
No tomará mi corazon mudable ;  
Nunca dirán jamas que me remueve  
Fortuna de un estudio tan loable.  
Apolo y las hermanas, todas nueve,  
Me darán ocio y lengua con que hable  
Lo ménos de lo que en tu sér cupiere,  
Que esto será lo más que yo pudiere.

En tanto no te ofenda ni te harte  
Tratar del campo y soledad que amaste,  
Ni desdeñes aquesta inculta parte  
De mi estilo, que en algo ya estimaste.  
Entre las armas del sangriento Marte,  
Do apenas hay quien su furor contraste,

Hurté de tiempo aquesta breve suma,  
Tomando, ora la espada, ora la pluma.  
Aplica, pues, un rato los sentidos  
Al bajo són de mi zampoña ruda,  
Indigna de llegar á tus oídos,  
Pues de ornamento y gracia va desnuda ;  
Mas á las veces son mejor oídos  
El puro ingenio y lengua casi muda,  
Testigos limpios de ánimo inocente,  
Que la curiosidad del elocuente.

Por aquesta razon, de tí escuchado,  
Aunque me falten otras, ser merezco,  
Lo que puedo te doy, y lo que he dado,  
Con recibillo tú yo me enriquezco.  
De cuatro ninfas que del Tajo amado  
Salieron juntas, á cantar me ofrezco,  
Filódoce, Dinámené y Climene,  
Nise, que en hermosura par no tiene.

Cerca del Tajo, en soledad amena,  
De verdes sauces hay una espesura,  
Toda de hiedra revestida y llena,  
Que por el tronco va hasta la altura,  
Y así la teje arriba y encadena,  
Que el sol no halla paso á la verdura ;  
El agua baña el prado con sonido,  
Alegrando la hierba y el oido.

Con tanta mansedumbre el cristalino  
Tajo en aquella parte caminaba,  
Que pudieran los ojos el camino  
Determinar apenas que llevaba.  
Peinando sus cabellos de oro fino,  
Una ninfa del agua do moraba  
La cabeza sacó, y el prado ameno  
Vido de flores y de sombra lleno.

Movióla el sitio umbroso el manso viento,



El suave olor de aquel florido suelo.  
Las aves en el fresco apartamiento  
Vió descansar del trabajoso vuelo.  
Secaba entónces el terreno aliento  
El sol subido en la mitad del cielo.  
En el silencio sólo se escuchaba  
Un susurro de abejas que sonaba.

Habiendo contemplado una gran pieza  
Atentamente aquel lugar sombrío,  
Somorgujó de nuevo su cabeza,  
Y al fondo se dejó calar del río.  
A sus hermanas á contar empieza  
Del verde sitio el agradable frío,  
Y que vayan las ruega y amonesta  
Allí con su labor á estar la siesta.

No perdió en esto mucho tiempo el ruego,  
Que las tres dellas su labor tomaron,  
Y en mirando de fuera, vieron luego  
El prado, hácia el cual enderezaron.  
El agua clara con lascivo juego  
Nadando dividieron y cortaron  
Hasta que el blanco pié tocó mojado,  
Saliendo de la arena, el verde prado.

Poniendo ya en lo enjuto las pisadas,  
Escurrieron del agua sus cabellos,  
Los cuales esparciendo, cobijadas  
Las hermosas espaldas fueron dellos.  
Luego sacando telas delicadas,  
Que en delgadez competían con ellos,  
En lo más escondido se metieron,  
Y á su labor atentas se pusieron.

Las telas eran hechas y tejidas  
Del oro que el felice Tajo envía,  
Apurado, despues de bien cernidas  
Las menudas arenas do se cria.

Y de las verdes hojas reducidas  
En estambre sutil, cual convenía  
Para seguir el delicado estilo  
Del oro ya tirado en rico hilo.

La delicada estambre era distinta  
De las colores que ántes le habian dado  
Con la fineza de la vária tinta  
Que se halla en las conchas del pescado.  
Tanto artificio muestra en lo que pinta  
Y teje cada ninfa en su labrado,  
Cuanto mostraron en sus tablas ántes  
El celebrado Apéles y Timántes.

Filódoce, que así de aquéllas era  
Llamada la mayor, con diestra mano  
Tenía figurada la ribera  
De Estrimon, de una parte el verde llano,  
Y de otra el monte de aspereza fiera,  
Pisado tarde ó nunca de pié humano,  
Donde el amor movió con tanta gracia  
La dolorosa lengua del de Tracia.

Estaba figurada la hermosa  
Euridice, en el blanco pié mordida  
De la pequeña sierpe ponzoñosa,  
Entre la hierba y flores escondida;  
Descolorida estaba como rosa  
Que ha sido fuera de sazón cogida,  
Y el ánima, los ojos ya volviendo,  
De la hermosa carne despidiendo.

Figurado se vía extensamente  
El osado marido que bajaba  
Al triste reino de la oscura gente,  
Y la mujer perdida recobraba;  
Y cómo despues desto él, impaciente  
Por mirarla de nuevo, la tornaba  
A perder otra vez, y del tirano

Se queja al monte solitario en vano.

Dinámene no ménos artificio  
Mostraba en la labor que habia tejido,  
Pintando á Apolo en el robusto oficio  
De la silvestre caza embebecido.  
Mudar presto le hace el ejercicio  
La vengatiya mano de Cupido,  
Que hizo á Apolo consumirse en lloro  
Despues que le enclavó con punta de oro.

Dafne, con el cabello suelto al viento,  
Sin perdonar al blanco pié, corria  
Por áspero camino tan sin tiento,  
Que Apolo en la pintura parecia  
Que, porqué ella templase el movimiento,  
Con ménos ligereza la seguia.  
Él va siguiendo, y ella huye como  
Quien siente al pecho el odioso plomo.

Mas á la fin los brazos le crecian,  
Y en sendos ramos vueltos se mostraban,  
Y los cabellos, que vencer solian  
Al oro fino, en hojas se tornaban;  
En torcidas raices se extendian  
Los blancos piés, y en tierra se hincaban.  
Llora el amante, y busca el sér primero,  
Besando y abrazando aquel madero.

Climene, llena de destreza y maña,  
El oro y las colores matizando,  
Iba de hayas una gran montaña  
De robles y de peñas variando.  
Un puercu entre ellas, de braveza extraña,  
Estaba los colmillos aguzando  
Contra un mozo, no ménos animoso,  
Con su venablo en mano ¡qué hermoso!

Tras esto, el puercu allí se via herido  
De aquel mancebo por su mal valiente,

Y el mozo en tierra estaba ya tendido,  
Abierto el pecho del rabioso diente,  
Con el cabello de oro desparcido,  
Barriendo el suelo miserablemente:  
Las rosas blancas por allí sembradas  
Tornaba con su sangre coloradas.

Adónis éste se mostraba que era,  
Segun se muestra Vénus dolorida,  
Que viendo la herida abierta y fiera,  
Sobre él estaba casi amortecida.  
Boca con boca coge la postrera  
Parte del aire que solia dar vida  
Al cuerpo, por quien ella en este suelo  
Aborrecido tuvo al alto cielo.

La blanca Nise no tomó á destajo  
De los pasados casos la memoria,  
Y en la labor de su sutil trabajo  
No quiso entretrejer antigua historia;  
Antes mostrando de su claro Tajo  
En su labor la celebrada gloria,  
Lo figuró en la parte donde baña  
La más felice tierra de la España.

Pintado el caudaloso rio se via,  
Que, en áspera estrechez reducido,  
Un monte casi alrededor ceñia,  
Con ímpetu corriendo y con ruido:  
Querer cercarle todo parecia  
En su volver; mas era afan perdido;  
Dejábase correr, en fin, derecho,  
Contento de lo mucho que habia hecho.

Estaba puesta en la sublime cumbre  
Del monte, y desde allí por él sembrada,  
Aquella ilustre y clara pesadumbre,  
De antiguos edificios adornada.  
De allí con agradable mansedumbre

El Tajo va siguiendo su jornada,  
Y regando los campos y arboledas  
Con artificio de las altas ruedas.

En la hermosa tela se veían  
Entretejidas las silvestres diosas  
Salir de la espesura, y que venían  
Todas á las riberas presurosas,  
En el semblante tristes, y traían  
Cestillos blancos de púrpureas rosas,  
Las cuales esparciendo, derramaban  
Sobre una ninfa muerta que lloraban.

Todas con el cabello desparcido  
Lloraban una ninfa delicada,  
Cuya vida mostraba que habia sido  
Antes de tiempo y casi en flor cortada.  
Cerca del agua, en un lugar florido  
Estaba entre las hierbas degollada,  
Cual queda el blanco cisne cuando pierde  
La dulce vida entre la hierba verde.

Una de aquellas diosas, que en belleza,  
Al parecer, á todas excedía,  
Mostrando en el semblante la tristeza  
Que del funesto y triste caso habia,  
Apartada algun tanto, en la corteza  
De un álamo unas letras escribia,  
Como epitafio de la ninfa bella,  
Que hablaban así por parte della.

«Elisa soy, en cuyo nombre suena  
Y se lamenta el monte cavernoso,  
Testigo del dolor y grave pena  
En que por mí se affige Nemoroso,  
Y llama á Elisa. Elisa á boca llena  
Responde el Tajo, y lleva presuroso  
Al mar de Lusitania el nombre mio,  
Donde será escuchado, yo lo fio.»

En fin, en esta tela artificiosa  
Toda la historia estaba figurada,  
Que en aquella ribera deleitosa  
De Nemoroso fué tan celebrada;  
Porque de todo aquesto y cada cosa  
Estaba Nise ya tan informada,  
Que llorando el pastor, mil veces ella  
Se enterneció escuchando su querella.

Y porque aqueste lamentable cuento  
No sólo entre las selvas se contase,  
Mas dentro de las ondas sentimiento  
Con la noticia de esto se mostrase,  
Quiso que de su tela el argumento  
La bella ninfa muerta señalase,  
Y así se publicase de uno en uno  
Por el humido reino de Neptuno.

Destas historias tales variadas  
Eran las telas de las cuatro hermanas,  
Las cuales, con colores matizadas  
Y claras luces de las sombras vanas,  
Mostraban á los ojos reveladas  
Las cosas y figuras que eran llanas;  
Tanto que al parecer el cuerpo vano  
Pudiera ser tomado con la mano.

Los rayos ya del sol se trastornaban,  
Escondiendo su luz, al mundo cara,  
Tras altos montes, y á la luna daban  
Lugar para mostrar su blanca cara;  
Los peces á menudo ya saltaban,  
Con la cola azotando el agua clara,  
Cuando las ninfas, la labor dejando,  
Hácia el agua se fueron paseado.

En las templadas ondas ya metidos  
Tenian los piés, y reclinar querian  
Los blancos cuerpos, cuando sus oidos

Fueron, de dos zampoñas que tañían  
Suave y dulcemente, detenidos;  
Tanto que sin mudarse las oían,  
Y al són de las zampoñas escuchaban  
Dos pastores á veces que cantaban.

Más claro cada vez el són se oía  
De los pastores, que venían cantando  
Tras el ganado, que también venía  
Por aquel verde soto caminando,  
Y á la majada, ya pasado el día,  
Recogido llevaban, alegrando  
Las verdes selvas con el són suave,  
Haciendo su trabajo ménos grave.

Tirreno destes dos el uno era,  
Alcino el otro, entrambos estimados,  
Y sobre cuantos pacen la ribera  
Del Tajo con sus vacas enseñados;  
Mancebos de una edad, de una manera  
A cantar juntamente aparejados,  
Y á responder. Aquesto van diciendo,  
Cantando el uno, el otro respondiendo.

TIRRENO.

Flérida, para mí dulce y sabrosa  
Más que la fruta del cercado ajeno,  
Más blanca que la leche y más hermosa  
Que el prado por Abril de flores lleno;  
Si tú respondes pura y amorosa  
Al verdadero amor de tu Tirreno,  
A mi majada arribarás primero  
Que el cielo nos amuestre su lucero.

ALCINO.

Hermosa Filis, siempre yo te sea

Amargo al gusto más que la retama,  
Y de ti despojado yo me vea,  
Cual queda el tronco de su verde rama,  
Si más que yo el murciélagos desea  
La escuridad, ni más la luz desama  
Por ver el fin de un término tamaño  
Deste día, para mí mayor que un año.

TIRRENO.

Cual suele acompañada de su bando  
Aparecer la dulce primavera,  
Cuando Favonio y Céfito soplando  
Al campo tornan su beldad primera,  
Y van artificiosos esmaltando  
De rojo, azul y blanco la ribera;  
De tal manera á mí, Flérida mía,  
Viniendo, reverdece mi alegría.

ALCINO.

¿Ves el furor del animoso viento,  
Embravecido en la fragosa sierra,  
Que los antiguos robles ciento á ciento  
Y los pinos altísimos atierra,  
Y de tanto destrozo aún no contento,  
Al espantoso mar mueve la guerra?  
Pequeña es esta furia, comparada  
A la de Filis, con Alcino airada.

TIRRENO.

El grande trigo multiplica y crece;  
Produce el campo en abundancia tierno  
Pasto al ganado; el verde monte ofrece

A las fieras salvajes su gobierno ;  
A do quiera que miro me parece  
Que derrama la copia todo el cuerno ;  
Mas se convertirá todo en abrojos  
Si dello aparta Flérída sus ojos.

ALCINO.

De la esterilidad es oprimido  
El monte, el campo, el soto y el ganado ;  
La malicia del aire corrompido  
Hace morir la hierba mal su grado ;  
Las aves ven su descubierta nido,  
Que ya de verdes hojas fué cercado ;  
Pero si Filis por aquí tornáre,  
Hará reverdecer cuanto miráre.

TIRRENO.

El álamo de Alcides escogido  
Fué siempre, y el laurel del rojo Apolo ;  
De la hermosa Vénus fué tenido  
En precio y en estima el mirto solo ;  
El verde sauz de Flérída es querido,  
Y por suyo entre todos escogiólo :  
Doquiera que de hoy más sauces se hallen,  
El álamo, el laurel y el mirto callen.

ALCINO.

El fresno por la selva en hermosura  
Sabemos ya que sobre todos raya,  
Y en aspereza y monte de espesura  
Se aventaja la verde y alta haya ;  
Mas el que la beldad de tu figura

Donde quiera mirado, Filis, haya,  
Al fresno y á la haya en tu aspereza  
Confesará que vence su belleza.—

Esto cantó Tirreno y esto Alcino  
Le respondió ; y habiendo ya acabado  
Al dulce són, siguieron su camino  
Con paso un poco más apresurado.  
Siendo á las ninfas ya el rumor vecino,  
Juntas se arrojan por el agua á nado,  
Y de la blanca espuma que movieron,  
Las cristalinas ondas se cubrieron.

A LA FLOR DE GNIDO.

CANCION.

Si de mi baja lira  
Tanto pudiese el són, que en un momento  
Aplacase la ira  
Del animoso viento,  
Y la furia del mar y el movimiento ;  
Y en ásperas montañas  
Con el suave canto enterneciese  
Las fieras alimañas,  
Los árboles moviese  
Y al són confusamente los trajese ;  
No pienses que cantado  
Sería de mí, hermosa flor de Gnido,  
El fiero Marte airado,  
A muerte convertido,  
De polvo y sangre y de sudor teñido ;

Ni aquellos capitanes  
En las sublimes ruedas colocados,  
Por quien los alemanes,  
El fiero cuello atados,  
Y los franceses van domesticados.  
Mas solamente aquella  
Fuerza de tu beldad sería cantada,  
Y alguna vez con ella  
Tambien sería notada  
El aspereza de que estás armada;  
Y cómo por tí sola,  
Y por tu gran valor y hermosura,  
Convertida en viola,  
Llora su desventura  
El miserable amante en tu figura.  
Hablo de aquel cativo,  
De quien tener se debe más cuidado,  
Que está muriendo vivo,  
Al remo condenado,  
En la concha de Vénus amarrado.  
Por tí, como solia,  
Del áspero caballo no corrige  
La furia y gallardía,  
Ni con freno le rige,  
Ni con vivas espuelas ya le affige.  
Por tí, con diestra mano  
No revuelve la espada presurosa,  
Y en el dudoso llano  
Huye la polvorosa  
Palestra como sierpe ponzoñosa.  
Por tí su blanda musa,  
En lugar de la cítara sonante,  
Tristes querellas usa,  
Que con llanto abundante  
Hacen bañar el rostro del amante.

Por tí el mayor amigo  
Le es importuno, grave y enojoso;  
Yo puedo ser testigo,  
Que ya del peligroso  
Naufragio fui su puerto y su reposo.  
Y agora en tal manera  
Vence el dolor á la razon perdida,  
Que ponzoñosa fiera  
Nunca fué aborrecida  
Tanto como yo dél, ni tan temida.  
No fuiste tú engendada  
Ni producida de la dura tierra;  
No debe ser notada  
Que ingratamente yerra  
Quien todo el otro error de sí destierra.  
Hágate temerosa  
El caso de Anajárete, y cobarde,  
Que de ser desdeñosa  
Se arrepintió muy tarde;  
Y así su alma con su mármol arde.  
Estábase alegrando  
Del mal ajeno el pecho empedernido,  
Cuando abajo mirando,  
El cuerpo muerto vido  
Del miserable amante, allí tendido.  
Y al cuello el lazo atado,  
Con que desenlazó de la cadena  
El corazon cuitado,  
Que con su breve pena  
Compró la eterna punición ajena.  
Sintió allí convertirse  
En piedad amorosa el aspereza.  
¡Oh, tarde arrepentirse!  
¡Oh, última terneza!  
¿Cómo te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron  
En el tendido cuerpo que allí vieron;  
Los huesos se tornaron  
Mas duros y crecieron,  
Y en sí toda la carne convirtieron;  
Las entrañas heladas  
Tornaron poco á poco en piedra dura;  
Por las venas cuitadas  
La sangre su figura  
Iba desconociendo y su natura,  
Hasta que finalmente,  
En duro mármol vuelta y trasformada,  
Hizo de sí la gente  
No tan maravillada.  
Cuanto de aquella ingratitud vengada.  
No quieras tú, señora,  
De Némesis airada las saetas  
Probar, por Dios, agora;  
Baste que tus perfetas  
Obras y hermosura á los poetas  
Den inmortal materia,  
Sin que tambien en verso lamentable  
Celebren la miseria  
De algun caso notable  
Que por tí pase triste y miserable.

## SONETOS.

### I.

Dentro de mi alma fué de mí engendrado  
Un dulce amor, y de mi sentimiento  
Tan aprobado fué su nacimiento  
Como de un solo hijo deseado;  
Mas luégo nació dél quien ha estragado  
Del todo el amoroso pensamiento:  
En áspero rigor y en gran tormento  
Los primeros deleites ha trocado.  
¡Oh crudo nieto, que das vida al padre  
Y matas al abuelo! ¿por qué creces  
Tan desconforme á aquel de que has nacido?  
¡Oh celoso temor! ¿á quién pareces?  
¡Que áun la invidia, tu propia y fiera madre,  
Se espanta en ver el monstruo que ha parido!

### II.

Estoy contino en lágrimas bañado,  
Rompiendo siempre el aire con suspiros;  
Y mas me duele á mí no osar deciros  
Que he llegado por vos á tal estado,  
Que viéndome do estoy y lo que he andado  
Por el camino estrecho de seguiros,  
Si me quiero tornar para huiros,  
Desmayo viendo atras lo que he dejado;  
Y si quiero subir á la alta cumbre,  
A cada paso espántanme en la vía  
Ejemplos tristes de los que han caido.  
Sobre todo, me falta ya la lumbre

De la esperanza, con que andar solía  
Por la escura region de vuestro olvido.

III.

Echado está por tierra el fundamento  
Que mi vivir cansado sostenía.  
¡Oh, cuánto bien se acaba en solo un día!  
Oh, cuántas esperanzas lleva el viento!

Oh, cuán ocioso está mi pensamiento  
Cuando se ocupa en bien de cosa mía!  
A mi esperanza, así como á baldía,  
Mil veces la castiga mi tormento.

Las más veces me entrego, otras resisto  
Con tal furor, con una fuerza nueva,  
Que un monte puesto encima rompería.

Aqueste es el deseo que me lleva  
A que desee tornar á ver un día  
A quien fuera mejor nunca haber visto.

IV.

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,  
Dulces y alegres cuando Dios quería!  
Juntas estais en la memoria mía,  
Y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando en las pasadas  
Horas en tanto bien por vos me vía,  
Que me habiais de ser en algun día  
Con tan grave dolor representadas?

Pues en una hora juntó me llevastes  
Todo el bien que por términos me distes,  
Llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes  
En tantos bienes, porque deseastes  
Verme morir entre memorias tristes.

FRAY LUIS DE LEON.

—  
ODAS.  
—

LA VIDA TRANQUILA.

¡Qué descansada vida  
La del que huye el mundanal ruido,  
Y sigue la escondida  
Senda por donde han ido  
Los pocos sabios que en el mundo han sido!  
Que no le enturbia el pecho  
De los soberbios grandes el estado,  
Ni del dorado techo  
Se admira, fabricado  
Del sabio moro, en jaspes sustentado.  
No cura si la fama  
Canta con voz su nombre pregonera,  
Ni cura si encarama  
La lengua lisonjera  
Lo que condena la verdad sincera:  
¡Qué presta á mí contento,  
Si soy del vano dedo señalado,  
Si en busca de este viento



Ando desalentado  
Con ansias vivas, con mortal cuidado?  
¡Oh monte, oh fuente, oh río,  
Oh secreto seguro, deleitoso!  
Roto casi el navío,  
A vuestro almo reposo  
Huyo de aqueste mar tempestuoso.  
Un no rompido sueño,  
Un día puro, alegre, libre quiero;  
No quiero ver el ceño  
Vanamente severo  
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.  
Despiértenme las aves  
Con su cantar sabroso no aprendido,  
No los cuidados graves  
De que es siempre seguido  
El que al ajeno arbitrio está atenido.  
Vivir quiero conmigo,  
Gozar quiero del bien que debo al cielo,  
A solas, sin testigo,  
Libre de amor, de celo,  
De ódio, de esperanzas, de recelo.  
Del monte en la ladera  
Por mi mano plantado tengo un huerto,  
Que con la primavera,  
De bella flor cubierto,  
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.  
Y como codiciosa,  
Por ver y acrecentar su hermosura,  
Desde la cumbre airosa  
Una fontana pura  
Hasta llegar corriendo se apresura;  
Y luégo, sosegada,  
El paso entre los árboles torciendo,  
El suelo de pasada

De verdura vistiendo,  
Y con diversas flores va esparciendo.  
El aire el huerto orca,  
Y ofrece mil olorès al sentido,  
Los árboles menea  
Con un manso ruido,  
Que del oro y del cetro pone olvido.  
Ténganse su tesoro  
Los que de un falso leño se confían;  
No es mío ver el lloro  
De los que desconfían  
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.  
La combatida antena  
Crujé, y en ciega noche el claro día  
Se torna, al cielo suena  
Confusa vocería,  
Y la mar enriquecen á porfía.  
A mí una pobrecilla  
Mesa, de amable paz bien abastada,  
Me basta; y la vajilla  
De fino oro labrada  
Sea de quien la mar no teme airada.  
Y mientras miserable-  
Mente se están los otros abrasando  
Con sed insaciable  
Del peligroso mando,  
Tendido yo á la sombra esté cantando;  
A la sombra tendido,  
De hiedra y lauro eterno coronado,  
Puesto el atento oído  
Al són dulce, acordado,  
Del plectro sábiamente meneado.

PROFECÍA DEL TAJO.

Folgaba el rey Rodrigo  
 Con la hermosa Cava en la ribera  
 Del Tajo, sin testigo ;  
 El río sacó fuera  
 El pecho, y le habló desta manera :  
 « En mal punto te goces,  
 Injusto forzador ; que ya el sonido  
 Oyo ya, y las voces,  
 Las armas y el bramido  
 De Marte, y de furor y ardor ceñido.  
 » ¡ Ay ! Esa tu alegría  
 Que llantos acarrea ! y esa hermosa  
 (Que vió el sol en mal día),  
 A España ¡ ay ! cuán llorosa  
 Y al cetro de los godós cuán costosa !  
 » Llamas, dolores, guerras,  
 Muertes, asolamiento, fieros males  
 Entre tus brazos cierras,  
 Trabajos inmortales,  
 A tí y á tus vasallos naturales,  
 » A los que en Constantina  
 Rompen el fértil suelo, á los que baña  
 El Ebro, á la vecina  
 Sansueña, á Lusitania,  
 A toda la espaciosa y triste España.  
 » Ya dende Cádiz llama  
 El injuriado Conde, á la venganza,  
 Atento, y no á la fama,  
 La bárbara pujanza,  
 En quien para tu daño no hay tardanza.  
 » Oye que al cielo toca

Con temeroso són la trompa fiera ;  
 Que en Africa convoca  
 El moro á la bandera,  
 Que al aire desplegada va ligera.  
 » La lanza ya blande  
 El árabe cruel, y hiere el viento  
 Llamando á la pelea ;  
 Innumerable cuento  
 De escuadras juntas veo en un momento.  
 » Cubre la gente el suelo,  
 Debajo de las velas desaparece  
 La mar, la voz al cielo  
 Confusa y vária crece,  
 El polvo roba el día y le escurece.  
 » ¡ Ay, que ya presurosos  
 Suben las largas naves ! ¡ Ay, que tienden  
 Los brazos vigorosos  
 A los remos, y encienden  
 Las mares espumosas por do hienden !  
 » El Eolo derecho  
 Hinche la vela en popa, y larga entrada  
 Por el hercúleo estrecho  
 Con la punta acerada  
 El gran padre Neptuno da á la armada.  
 » ¡ Ay triste ! ¿ Y áun te tiene  
 El mal dulce regazo, ni llamado,  
 Al mal que sobreviene  
 No acorres ? ¿ Ocupado  
 No ves ya el puerto á Hércules sagrado ?  
 » Acude, corre, vuela,  
 Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,  
 No perdones la espuela,  
 No des paz á la mano,  
 Menea fulminante el hierro insano.  
 » ¡ Ay, cuánto de fatiga !

¡Ay, cuánto de sudor está presente  
Al que viste loriga,  
Al infante valiente,  
A hombres y á caballos juntamente.  
»Y tú, Bétis divino,  
De sangre ajena y tuya amancillado,  
¡Darás al mar vecino  
Cuánto yelmo quebrado,  
Cuánto cuerpo de nobles destrozado!  
»El furibundo Marte  
Cinco luces las heces desordena,  
Igual á cada parte;  
La sexta ¡ay! te condena,  
Oh cara patria, á bárbara cadena.»

NOCHE SERENA, Á OLOARTE.

Quando contemplo el cielo,  
De innumerables luces adornado,  
Y miro hácia el suelo,  
De noche rodeado,  
En sueño y en olvido sepultado,  
El amor y la pena  
Despiertan en mi pecho un ánsia ardiente,  
Despiden larga vena,  
Los ojos hechos fuente,  
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:  
«Morada de grandeza,  
Templo de claridad y hermosura,  
El alma que a tu alteza

Nació ¿qué desventura  
La tiene en esta cárcel baja, oscura?  
»¿Qué mortal desatino  
De la verdad aleja así el sentido,  
Que de tu bien divino  
Olvidado, perdido,  
Sigue la vana sombra, el bien fingido?»  
El hombre está entregado  
Al sueño, de su suerte no cuidando,  
Y con paso callado  
El cielo vueltas dando,  
Las horas del vivir le va hurtando.  
¡Oh! despertad, mortales,  
Mirad con atención en vuestro daño;  
Las almas inmortales,  
Hechas á bien tamaño,  
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?  
¡Ay! levantad los ojos  
A aquesta celestial eterna esfera,  
Burlaréis los antojos  
De aquesa lisonjera  
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.  
¿Es más que un breve punto  
El bajo y torpe suelo, comparado  
Con ese gran trasunto,  
Do vive mejorado  
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?  
Quien mira el gran concierto  
De aquestos resplandores eternos,  
Su movimiento cierto,  
Sus pasos desiguales,  
Y en proporción concorde tan iguales;  
La luna cómo mueve  
La plateada rueda, y va en pos de ella  
La luz do el saber llueve,

Y la graciosa estrella  
De amor la sigue, reluciente y bella ;  
Y cómo otro camino  
Prosigue el sanguinoso Marte airado,  
Y el Júpiter benino,  
De bienes mil cercado,  
Serena el cielo con su rayo amado.  
Rodéase en la cumbre  
Saturno, padre de los siglos de oro ;  
Tras él la muchedumbre  
Del reluciente coro  
Su luz va repartiendo y su tesoro.  
¿Quién es el que esto mira,  
Y precia la bajeza de la tierra,  
Y no gime y suspira,  
Y rompe lo que encierra  
El alma, y destes bienes la destierra ?  
Aquí vive el contento,  
Aquí reina la paz, aquí asentado  
En rico y alto asiento  
Está el amor sagrado,  
De glorias y deleites rodeado.  
Inmensa hermosura  
Aquí se muestra toda, y resplandece  
Clarísima luz pura,  
Que jamas anochece ;  
Eterna primavera aquí florece.  
¡Oh campos verdaderos!  
¡Oh prados con verdad frescos y amenos,  
Riquisimos mineros!  
¡Oh deleitosos senos,  
Repuestos valles, de mil bienes llenos!

Á FELIPE RUIZ.

¿Cuándo será que pueda  
Libre desta prision volar al cielo,  
Felipe, y en la rueda  
Que huye más del suelo  
Contemplar la verdad pura sin duelo ?  
Allí, á mi vida junto,  
En luz resplandeciente convertido,  
Veré distinto y junto  
Lo que es y lo que ha sido,  
Y su principio propio y ascondido.  
Entónces veré cómo  
La soberana mano echó el cimiento  
Tan á nivel y plomo,  
Dó estable y firme asiento  
Posee el pesadísimo elemento ;  
Veré las inmortales  
Columnas dó la tierra está fundada,  
Las lindes y señales  
Con que á la mar hinchada  
La Providencia tiene aprisionada ;  
Por qué tiembla la tierra,  
Por qué las hondas mares se embravecen ;  
Dó sale á mover guerra  
El cierzo, y por qué crecen  
Las aguas del Océano y descrecen ;  
De dó manan las fuentes ;  
Quién ceba y quién bastece de los rios  
Las perpétuas corrientes,  
De los helados frios  
Veré las causas y de los estios ;  
Las soberanas aguas.

Del aire en la region quién las sostiene,  
De los rayos las fraguas;  
Dó los tesoros tiene  
De nieve Dios, y el trueno dónde viene.

¿No ves cuando acontece  
Turbarse el aire todo en el verano,  
El día se ennegrece,  
Sopla el Gallego insano,  
Y sube hasta el cielo el polvo vano;

Y entre las nubes mueve  
Su carró Dios, ligero y reluciente;  
Horrible són conmueve,  
Relumbra fuego ardiente,  
Treme la tierra, humillase la gente;

La lluvia baña el techo,  
Invian largos rios los collados,  
Su trabajo deshecho  
Los campos anegados  
Miran los labradores espantados?

Y de allí levantado,  
Veré los movimientos celestiales,  
Ansí el arrebatado  
Como los naturales,  
Las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas  
Veré, y quién las enciende con hermosas  
Y eficaces centellas;  
Por qué están las dos osas  
De bañarse en la mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno,  
Fuente de vida y luz, dó se mantiene,  
Y por qué en el invierno  
Tan presuroso viene;  
Quién en las noches largas le detiene.

Veré sin movimiento

En la más alta esfera las moradas  
Del gozo y del contento,  
De oro y luz labradas,  
De espíritus dichosos habitadas.

EN LA ASCENSION.

¿Y dejas, Pastor santo,  
Tu grey en este valle hondo, oscuro,  
Con soledad y llanto,  
Y tú, rompiendo el puro  
Aire, te vas al inmortal seguro?

Los ántes bienhadados,  
Y los agora tristes y afligidos,  
A tus pechos criados,  
De tí desposeidos,  
¿A dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos  
Que vieron de tu rostro la hermosa,  
Que no les sea enojos?  
Quien oyó tu dulzura,

¿Qué no tendrá por sordo y desventura?  
A aqueste mar turbado,  
¿Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto  
Al viento fiero, airado,  
Estando tú cubierto?

¿Qué norte guiará la nave al puerto?  
¡Ay! nube envidiosa  
Aun deste breve gozo, ¿qué te quejas?  
¿Dó vuelas presurosa?

¡ Cuán rica tú te alejas !  
¡ Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas !

Á SANTIAGO.

Las selvas conmovierá,  
Las fieras alimañas, como Orfeo,  
Si ya mi canto fuera  
Igual á mi deseo,  
Cantando el nombre santo Zebedeo ;  
Y fueran sus hazañas  
Por mí con voz eterna celebradas,  
Por quien son las Españas  
Del yugo desatadas  
Del bárbaro furor y libertadas ;  
Y aquella nao dichosa,  
Del cielo esclarecer merecedora,  
Que joya tan preciosa  
Nos trujo, fuera agora  
Cantada del que en Citia y Cairo mora.  
Osa el cruel tirano  
Ensangrentar en tí su injusta espada :  
No fué consejo humano ;  
Estaba á tí ordenada  
La primera corona, y consagrada.  
La fe que á Cristo diste  
Con presta diligencia has ya cumplido ;  
De su cáliz bebiste  
Apénas que subido  
Al cielo retornó, de ti partido.

No sufre larga ausencia,  
No sufre, no, el amor que es verdadero.  
La muerte y su inclemencia  
Tiene por muy ligero  
Medio por ver al dulce compañero.

Cual suele el fiel sirviente,  
Si en medio la jornada le han dejado,  
Que haciendo prestamente  
Lo que le fué mandado,  
Torna buscando al amo ya alejado ;

• Ansi entregado al viento,  
Del mar Egeo al mar de Atlante vuela,  
Dó puesto el fundamento  
De la cristiana escuela,  
Torna buscando á Cristo á remo y vela.

Allí por la maldita  
Mano el sagrado cuello fué cortado ;  
Camina en paz bendita,  
Alma, que ya has llegado  
Al término por tí tan deseado.

A España, á quien amaste  
(Que siempre al buen principio el fin responde)  
Tu cuerpo le enviaste  
Para dar luz adonde  
El sol su claridad cubre y esconde.

Por los tendidos mares  
La rica navecilla va cortando ;  
Nereidas á millares,  
Del agua el pecho alzando,  
Turbadas entre sí, la van mirando.

Y dellas hubo alguna  
Que, con las manos de la nave asida,  
La aguja con la una,  
Y con la otra tendida  
A las demas, que llegan las convida.

Ya pasa del Egeo,  
Vuela por el Ionio, atrás ya deja  
El puerto Lilibeo,  
De Córcega se aleja,  
Y por llegar al nuestro mar se aqueja.  
Esfuerza, viento, esfuerza,  
Hinche la santa vela, embiste en popa  
El viento; haz que no fuerza  
Dó Avila casi topa  
Con Calpe, hasta llegar al fin de Europa.  
Y tú, España, segura  
Del mal y cautiverio que te espera,  
Con fe y voluntad pura  
Ocupa la ribera,  
Recibirás tu guarda verdadera;  
Que tiempo será cuando,  
De innumerables huestes rodeada,  
Del cetro real y mando  
Te verás derrocada,  
En sangre, en llanto y en dolor bañada.  
De hácia el Mediodía  
Oye que la voz amarga suena:  
La mar de Berbería  
De flotas veo llena;  
Hierva la costa en gente, en sol la arena.  
Con voluntad conforme  
Las proas contra tí se dan al viento,  
Y con clamor deforme  
De pavoroso acento  
Avivan de remar el movimiento.  
Y la infernal Meguera,  
La frente de ponzoña coronada,  
Guía la delantera  
De la morisca armada,  
De fuego, de furor, de muerte armada.

Cielos, so cuyo amparo  
España está á merced, en tanta afrenta,  
Si ya este suelo caro  
Os fué, nunca consienta  
Vuestra piedad que mal tan crudo sienta.  
Mas ¡ay! que la sentencia  
En tabla de diamante está esculpida;  
Lel godo la potencia  
Por el suelo caida,  
España en breve tiempo es destruida.  
¿Cuál rio caudaloso,  
Que los opuestos muelles ha rotpido  
Con sonido espantoso,  
Por los campos tendido,  
Tan presto y tan feroz jamas se vido?  
Mas cese el triste llanto,  
Recobre el español su bravo pecho,  
Que ya el Apóstol santo,  
Un otro Marte hecho,  
Del cielo viene á dalle su derecho.  
Vesle de limpio acero  
Cercado, y con la espada relumbrante:  
Como rayo ligero,  
Cuanto le va delante  
Destroza y desbarata en un instante.  
De grave espanto herido,  
Los rayos de su vista no sostiene  
El moro descreído;  
Por valiente se tiene  
Cualquier que para huir ánimo tiene.  
Huye, si puedes tanto,  
Huye; mas por demas, que no hay huida;  
Bebe dolor y llanto  
Por la mesma medida  
Con que ya España fué de tí medida.